

FERNANDO REIMERS ARIAS

Las maestras hacen con su práctica de cada día una escogencia. La escogencia entre enseñar a obedecer o enseñar a pensar, entre enseñar a seguir o enseñar a crear, entre enseñar la cultura del silencio, el miedo y el odio, o enseñar la cultura del diálogo, el valor y el amor. Esta escogencia que confronta cada maestra, y cada maestro, desde los que enseñan en los primeros grados de primaria, hasta los que enseñan los últimos años de secundaria o de la universidad, refleja la tensión entre dos metas que guían los sistemas educativos: la de reproducir el pasado frente a la de inventar un futuro mejor.

Durante muchos años, desde la creación de los sistemas educativos modernos hasta la Segunda Guerra mundial, los sistemas educativos de muchas naciones tenían fundamentalmente una misión conservadora: la de reproducir el orden social existente. Se esperaba que el sistema educativo permitiera a cada persona prepararse para asumir una posición en la estructura social, definida fundamentalmente por el lugar que ocupaban en dicha estructura sus padres. Así sistemas altamente estratificados preparaban a los hijos de profesionales en una educación académica para el estudio universitario, y a los hijos de trabajadores y obreros para una formación que les permitiera desempeñar mejor estas mismas ocupaciones.

La II Guerra Mundial y la educación

La Segunda Guerra mundial fue, entre otras cosas, la expresión de un conflicto entre tres visiones sobre como organizar la acción colectiva y la vida en sociedad: el comunismo, el fascismo y la democracia. A cada una de estas visiones estaba asociada una manera de entender como res-



ponderían las escuelas a la tensión entre las metas de reproducir un orden social o ayudar a la construcción del futuro. A las concepciones comunistas y fascistas se asocia una visión igualmente autoritaria del propósito de la escuela en la construcción del futuro, un futuro decidido a priori por un grupo de líderes que se asignan a sí mismos el papel de intérpretes de la 'nueva sociedad', del 'nuevo orden'.

Los países del mundo libre inician, durante la Segunda Guerra mundial, debates muy profundos sobre el papel de la educación en una democracia. Concluyen estos debates en que la igualdad de oportunidades educativas, el asumir que todas las personas deben tener las mismas oportunidades en la vida, aunque alcancen diferentes resultados como consecuencia de su esfuerzo y escogencias, es esencial a una democracia. Igualdad de oportunidades y preparar para la libertad, para el pensamiento libre, se convierten entonces en principios rectores de las escuelas en el mundo democrático. En Europa se inician reformas de los sistemas educativos para universalizar el acceso a una educación secundaria no estratificada, se busca igualmente expandir el acceso a la universidad para estudiantes de diversos niveles socioeconómicos. En Estados Unidos una legislación específica (GI Bill) da becas a los soldados que regresan de la Guerra para cursar estudios universitarios, lo que logra una extraordinaria democratización en el acceso a la Universidad. La inclusión de la educación como dere-

cho humano universal en la declaración de derechos humanos –la cual suscriben en 1948 todos los países del mundo excepto los del bloque soviético, Sud-África y Arabia Saudita– responde a esta concepción de la educación como una condición esencial para la democracia.

Educar para la libertad

Muchas maestras desde entonces entienden su tarea como la de preparar a sus estudiantes para ser libres, para pensar, para poder generar alternativas, para escoger entre ellas. Muchas maestras saben del poder de la educación para cambiar las oportunidades de vida de las personas porque han experimentado directamente el poder liberador de la educación. La mayoría de las maestras han superado el nivel social de sus padres como resultado de su educación. Las maestras saben como ha cambiado su vida como resultado de lo que han aprendido en la escuela. Ellas son un modelo para sus estudiantes de como la educación puede aumentar la libertad de las personas.

Las maestras educan para la libertad sobre todo con el ejemplo, en la forma en que se relacionan con sus estudiantes, en el respeto que les comunican, en la confianza que generan en ellos, en la forma en que entienden su relación con el conocimiento. Algunas maestras entienden que el conocimiento es lo que construimos con nuestra práctica, entienden que

Maestras

para la Libertad



la tarea de conocer es una tarea de continua búsqueda, de diálogo, de trabajo con otros. Algunas maestras dan a sus estudiantes oportunidades de tomar responsabilidad por su propio aprendizaje, de organizarse en grupos, de organizar equipos democráticos en el aula, en la escuela, de tener experiencias que les enseñen a vivir democráticamente día a día. Estas maestras entienden que el diálogo requiere del respeto, de la aceptación y valoración del otro, tanto del que piensa como nosotros como del que no, que la diversidad es esencial para construir un conocimiento verdadero.

Estas maestras saben que la libertad es un bien demasiado elevado para perderlo a manos de unos iluminados, sean fascistas o comunistas, que quieran instrumentalizar la educación para su proyecto político. Estas maestras saben que las aulas son espacios para la resistencia democrática, para formar espíritus libres. Estas maestras saben que quienes hicieron resistencia democrática desde las aulas de la dictadura del General Pinochet en Chile, desde las aulas del régimen de Apartheid en Sudáfrica, desde las aulas de la dictadura del General Marcos Pérez Jiménez en Venezuela o del General Trujillo en República Dominicana, formaron eventualmente a la próxima generación de hombres y mujeres libres que construyeron las democracias de estos países. Con su práctica diaria estas maestras hacen de su aula un espacio para el diálogo libre, respetuoso, argumenta-

do, inteligente. A estas maestras no las callarán los intentos de gobiernos por controlar sus esfuerzos a través del poder y del miedo. Podrán cambiar todos los libros de texto, podrán cambiar todos los programas, podrán enviar supervisores y vigilantes a tratar de coartarlas y asustarlas, estas maestras saben que el acto educativo se da en el diálogo entre estudiantes y docentes y que en ese diálogo ellas son libres de enseñar para la obediencia o para la libertad.

Estas maestras saben que tienen muchos recursos para formar los espíritus libres de sus estudiantes. Se tienen unas a otras, y saben que las tecnologías modernas de información les permiten comunicarse entre sí y con colegas muy lejanos físicamente, sin pasar por los filtros y controles de organizaciones autoritarias tradicionales. No hay red de vigilancia ni de supervisión del Estado que pueda coartar la libertad de una maestra de pensar, de enseñar para la libertad en su aula, de conversar con otros sobre cómo hacerlo. Estas maestras saben que pueden reunirse con las comunidades educativas, que pueden invitar al diálogo a organizaciones locales y nacionales de la sociedad civil, agrupaciones que han recorrido un camino en materia educativa y que tienen una experiencia de la que aprender y compartir. Estas maestras saben que, mas allá de los esfuerzos de formación o de adoctrinamiento que se hagan desde el ministerio, ellas pueden formar círculos de estudio, redes de intercambio, en las que circulen experiencias, ideas, preguntas, lecciones aprendidas. Saben que con actos sencillos contribuyen a un proyecto de educar para la libertad. Intercambiando una fotocopia de un ensayo de Luis Beltrán Prieto, un libro de John Dewey o de Paulo Freire, intercambiando algunos de los textos

producidos por la Fundación Carvajal en Colombia para enseñar a vivir en Democracia en la Escuela, intercambiando materiales para la enseñanza de los derechos humanos producidos por el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación en Chile, intercambiando los textos surgidos alrededor de las reformas educativas de Argentina, Chile, España y otros países que vivieron transiciones hacia la democracia, o textos surgidos de la práctica educativa en Venezuela como los de Antonio Pérez Esclarín o de otros en Fe y Alegría, intercambiando ideas sobre su propia práctica. Estas maestras saben que la mayoría de las personas en este país quieren vivir en Democracia y que apoyarán sus esfuerzos por enseñar para la libertad y por asociarse para este propósito. Otros, fuera de las escuelas, organizaciones no gubernamentales, alcaldes, medios de comunicación, universitarios, gobernadores, miembros de la Asamblea Nacional, y aquellos comprometidos con educar para la libertad y la democracia en el Ministerio de Educación Nacional pueden apoyar estos esfuerzos, con actos sencillos, desde el legítimo espacio de actuación de cada quien, sin alborotos, poco a poco cada día.

En las manos de estas maestras está el futuro de la democracia en Venezuela

FERNANDO REIMERS ARIAS
PHD EN EDUCACIÓN